

cerse y lastimarse de la suerte de su amiga. Ella era la primera persona de la Côte, que lejos de combatir los remordimientos de la Duquesa, manifestaba comprenderlos y aprobarlos; y ésta, por lo mismo, la estimaba mas, y creía reconocer en ella los principios y la valerosa amistad de madama de Themine. En fin, se decía, aquí encuentro una verdadera amiga!... De este modo madama de Montespan cada dia se hizo mas necesaria; y ya se veían, cuasi siempre, privadamente, sin admitir otra persona, cuando hablaban de semejante materia. Para estar mas tiempo unidas, procuró que madama de Montespan fuese admitida en la sociedad íntima del Rey. Lauzun se unió á la Duquesa, para prevenir á S. M. en su favor; y Luis, al momento de conocerla, suscribió á los elogios que se le habian hecho de ella. Madama de la Valliere, que siempre temia se disgustase el Rey en su casa por cualquier accidente, advirtió con placer, que la conversacion y agudezas de madama de Montespan lo divertian; y mostraba su agradecimiento, llena de candor, á su amiga, por el esmero con que procuraba agradar á S. M.: madama de Montespan, instruida por las conversaciones y confidencias de la Duque-

sa, conociendo con anticipacion perfectamente los gustos, el carácter y el espíritu de Luis, aprovechó esta ventaja con un arte profundo, Bajo la apariencia de ligereza, y algunas veces de aturdimiento, lo lisongeaba de mil maneras indirectas, sin que él pudiese suponer proyecto: ella mostraba las opiniones, que iban de acuerdo con las suyas, y los sentimientos que lo conmovian: siempre variada, siempre ingeniosa, conservaba en todo momento aquella medida y delicadeza, que solas pueden dar gracia á la alegría. Toda esta seducción, reunida á los hechizos de una figura atractiva, produjo el efecto que ella esperaba.

La duquesa de Saint-Aignan, y la marquesa de Sourdis, no vieron sin recelo la intimidad de esta union con madama de Montespan; pero la Duquesa, conociendo el egoismo y ambicion de ambas, descifró, sin trabajo, sus verdaderos motivos, y esta penetracion la cegó sobre la verdad de las advertencias que se le hacian. Se le hizo entender, que esta nueva amiga, tan jóven, tan brillante, esposa de un hombre bizarro y ridículo, á quien despreciaba, y del que se burlaba abiertamente, podia convertirse en una rival peligrosa. Esta idea le pa-

reció una calumnia atroz. A sus ojos, era pintar el caracter del Rey con los mas negros coloridos; y su seguridad, sobre los sentimientos de Luis, era inalterable. Rechazó, pues, estos tristes avisos y saludables consejos, con tanto desdén como indignación: sus antiguos amigos se le separaron, y unieron á sus enemigos. Madama de Montespan cada vez le era mas amable, teniendo-se por feliz de poderse entregar á un sentimiento legítimo; su amistad con ella no tuvo ya limites: á fin de pasar dos ó tres dias de la semana enteros con ella, quiso disponerle una habitacion en su casa. Tanta ternura empezaba á causar embarazo á madama de Montespan; sus proyectos se entorpecian, y todo el mundo los ayudaba. Madama la atrajo á su sociedad, y con esto el Rey frecuentó mas su cuarto: allí oía continuamente citar y elogiar á madama de Montespan; se alababa su hermosura, su naturalidad, su talento; no se perdía ocasion de hacerla valer. Nada embellece mas á una muger amable, que los sucesos y la benevolencia general: la confianza, unida á las gracias, dá una especie de calma, se asemeja á la dulzura, y aun á la modestia. Para emplear con facilidad todos los medios de agradar, es necesario con-

tar con una prevencion favorable; no se obtiene mucho, sino arriesgando un poco. Y, ¡qué no se emprende, con ciencia positiva de que nada se juzgará con rigor, y que todo lo que puede aprobarse, recibirá un aplauso universal!.... Las personas tímidas y modestas, no ven en un círculo mas que observadores importantes, y jueces ilustrados y severos: las gentes, de un amor propio confiado, no ven en él sino inferiores y admiradores: si éstas tienen bastante destreza y gusto para ocultar esta opinion, ¡qué ventaja no tendrán sobre las otras?.... El Rey miraba al objeto de tantos elogios con tanta turbacion como espanto: madama de Montespan era en todo tan diferente de madama de la Valliere, que encontrarla encantadora, era cuasi una infidelidad; no era posible, pues, amar todavia á la una, admirando la otra con entusiasmo. Lauzun y el duque de Longueville, ayudaron con todo su poder los designios de madama de Montespan; el primero, por miras ambiciosas; y el segundo, por el interés de un sentimiento que jamás habia podido vencer. El amaba siempre á madama de la Valliere, y esta pasion era mas fuerte aún, que la delicadeza que habria debido empeñar-lo á renunciarla. Madama dió un baile de más-

caras, en el cual el Rey no buscó sino á madama de Montespan: la descubrió, y reconoció al punto.... Se separaron de la concurrencia á un gabinete distante: la conversacion fué larga, y se terminó por una declaracion y un consentimiento, quedando indicada una cita para el dia siguiente. Durante este tiempo, la Duquesa sola, encerrada en su casa, sabiendo que el Rey y madama de Montespan estarian en el baile de Madama, pensaba en ellos con la mas dulce seguridad. Estoy segura, se decia, que se buscarán mutuamente, que se hablarán, y conversarán siempre de mí!.... Con este pensamiento se acostó, y su sueño fué apacible!... El amor no dá absolutamente presentimientos. Engañoso en todo, las confianzas ó los temores que inspira, son igualmente poco fundados: agita, cuando se pueden gustar algunos momentos de calma: ciega, cuando se pierde todo lo que se ha prometido!....

Entretanto, el Rey, con la embriaguez de un triunfo brillante y de un nuevo amor, no estaba sin remordimientos y sin inquietudes; todos sus sentimientos por madama de la Valliere no estaban extinguidos: él no se la representaba ya bajo las facciones arrebatadas que le

habian encantado; pero todavia era, á sus ojos, la mas interesante de todas las mugeres. Madama de Montespan supo disipar sus escrúpulos: no le bastaba hacerlo infiel, era necesario volverlo ingrato: á fin de no hacer un papel evidentemente odioso, elogiaba sin temor el caracter de la Duquesa: sabia que la estimacion puede fortificar el amor; pero no encenderlo. Madama de Montespan, haciendo justicia á las virtudes de la Duquesa, sostenia, que jamás habia amado verdaderamente á Luis, pues que habia podido conservar su arrepentimiento: aseguraba, que el amor no recuerda sus sacrificios, sino para aplaudirse de haberlos hecho: que cuando este es extremo, se cree justificado, y lo es en efecto, porque cede á una fuerza irresistible. El Rey se dejó fácilmente persuadir lo que vivamente deseaba que fuese verdad: por otra parte, encontraba en madama de Montespan todos los trasportes de una pasion. Cuando él comparaba esta violencia á la dulce y profunda sensibilidad de madama de la Valliere, se persuadia, que era amado por primera vez: el amor lo embriagaba, y, sin embargo, no penetraba su corazon del modo que en otro tiempo. Estos raptos tumultuosos no dejan mas que

ideas fugitivas y confusas; pero el encanto de la ternura las excita muy dulces sobre lo pasado! Entretanto, Luis, cierto de que la Duquesa experimentaría un dolor agudo cuando supiese su infidelidad, trató de ocultar su nueva intriga. Madama de Montespan, que tenia que guardar ciertos respetos, y usar de precaucion, deseaba tambien que su debilidad fuese ignorada, al menos, durante algun tiempo: así se condugeron ambos con gran misterio, que fué impenetrable solo á la Duquesa.

En esta época falleció Felipe IV, padre de la Reina. Luis tuvo pretensiones á su herencia, principalmente sobre los Paises Bajos: se resolvió la guerra, y Luis anunció su marcha á Flándes, á la cabeza del ejército. ¡Qué trastorno causó á madama de la Valliere esta noticia! Todos los riesgos, todos los horrores de la guerra se ofrecian á su imaginacion; el Rey iba á exponerse á mil peligros y arrostrarlos!... ¡Cómo habia de gustar un instante de reposo con tal pensamiento! ¡Cómo habia de desecharlo!... La presencia misma del que amaba redoblabá su pena. No podia mirarle, sin que su corazon se partiera de dolor. Siempre penosamente enternecida, al verle, perseguida de las mas ne-

gras ideas cuando estaba sola, carecía aun del triste consuelo de quejarse, no por querer afectar un valor que no tenía; sino porque hay temores tan terribles, que quitan hasta la facultad de articularlos: se presentan al entendimiento como imágenes confusas que no se pueden separar, y, no obstante, se fija siempre en ellos el pensamiento involuntariamente; y por una supersticion, de que no se pueden fácilmente preservar los corazones sensibles, le parecía á la Duquesa crearía siniestros presagios, mostrando sus mortales inquietudes: en fin, quería dejar al Rey todo su valor, y pensaba debilitarlo, descubriendole su dolor. Mientras que ella se esforzaba por aparentar calma, madama de Montespan, á solas con el Rey, le pintaba enérgicamente sus temores y cuidados, se los detallaba y exageraba vivamente. Estos vehementes discursos, acompañados de torrentes de lágrimas, de frecuentes deliquios, inspiraban al Rey todo el reconocimiento propio de un amante que estaba apasionado: no obstante, le excitaba mas ternura y amor una sola mirada de madama de la Valliere, que todas estas violentas demostraciones. Se entiende tan bien este lenguaje, cuando se ama, que ningun otro es

necesario; pero cuando se ha dejado de amar, el semblante, cuyos movimientos parecian tan expresivos; los ojos, donde se leían tantas cosas, nada dicen ya: es preciso preguntarlos con un vivo interés para comprenderlos: la indiferencia es todavia sensible á la belleza; pero no observa ya la expresion que forma todo su encanto. Madama de la Valliere estaba sumamente ocupada de su dolor, para notar la variacion del Rey: ella sí advertía que estaba distraído y preocupado; pero, lejos de alterarse, atribuía su frialdad y tristaza, á pesar de su amor á la gloria, al pesar que le causaba su separacion.

Luego que la estacion permitió, partió el Rey para Flándes. Este viage dejó á la Reina y á la Duquesa, en un estado verdaderamente digno de compasion; con la diferencia, que la primera recibia toda especie de consuelos; y la segunda, carecía de todo lo que podia dulcificar sus pesares: á la Reina hacia honor su aficcion, todos los corazones se interesaban en ella, y la estimacion pública disminuía su amargura. Tal es la felicidad de los sentimientos legítimos, que no nos privan de gozar, en medio de las penas mas amargas. Y

¿cómo se soportará el dolor, cuando es objeto de escándalo, que excita solamente el desdén y la censura de los malos é hipócritas, y una humillante compasion de los virtuosos! La Duquesa recibia con frecuencia correos del Rey, y cartas de Lausun, que le escribia todos los portamentos relativos á su persona: le refería en una de ellas, que Luis, en la trinchera de Sila, exponiendose con la mayor temeridad, habia visto morir delante de sí un page; y que un soldado antiguo, tomándole del brazo groseramente, le dijo: „quitáos de aquí: ¿es este vuestro „puesto?“ (1) Estos detalles, exaltando la admiracion de la Duquesa, llevaban sus temores al último término; y de su parte, la Reina, experimentaba los mismos alarmas.

Parece que las vivas inquietudes, y una profunda aficcion, originada por la misma causa, suspenden la rivalidad entre dos mugeres hechas para amarse: los corazones igualmente afligidos, se unen por una inclinacion natural; porque ellos solos pueden entenderse. No se aborrece á aquella que llora los males, que una misma gime: se vé con ternura, en su semblante,

(1) Memorias de Choisy.

la expresion y señal de lo que en sí mismo se siente, y se encuentra con placer su mirada melancólica!.... ¿Cómo se podrá resistir á la simpatía de la desgracia?....

La Duquesa iba con mas frecuencia al cuarto de la Reina: habia siempre amado á esta Princesa, sin inspirarle jamás la animosidad que debia una rival preferida: la Reina conocía la dulzura y generosidad de madama de la Valliere, tenia el derecho de quejarse; sin embargo, hacia una justicia á su carácter, que le rehusaban todas las mugeres de la Côte. Se observó con sorpresa, que despues de haber partido el Rey, la Reina daba mas favorable acogida á la Duquesa; y aun parecia haberse establecido entre ellas una suerte de inteligencia muy estraña. Si se hablaba de la guerra, ó del Rey, se miraban mutuamente con una expresion extraordinaria de interés y sensibilidad: parecia enternecerse ambas sobre el decaecimiento de su salud, que les causaban sus penas. Cuando la Reina recibia noticias del ejército, su primer movimiento era instruir de ellas á los amigos de madama de la Valliere, aunque S. M. no tuviese ninguna amistad con ellos. Esta conducta originó una infinidad de falsas conge-

turas: los cortesanos adivinan con maravillosa facilidad los artificios y designios de la ambicion; pero todos los generosos movimientos de una estraña sensibilidad, no son para ellos sino caprichos extraordinarios é inexplicables: ellos no han estudiado mas pasiones humanas que las que excita el orgullo; menos malos é injustos, que ciegos, desconocen los corazones sensibles, y los calumnian sin intencion.

Una mañana que la Duquesa esperaba noticias del ejército, sumamente consternada, observando que no llegaba correo, le avisaron, que la Reina estaba llena de inquietudes, y al momento se fué al castillo. Este era un paso extraordinario, porque ella jamás se presentaba por la mañana en el cuarto de la Reina; pero aquel dia experimentaba un deseo irresistible de verla. Su rango le proporcionaba las *grandes entradas* en la Côte, de que hasta entonces no se habia aprovechado: penetró, sin obstáculo, hasta la cámara de la Reina, donde no encontró á nadie; se dirigió silenciosamente y con timidez, ácia el oratorio de la Reina, cuya puerta estaba abierta (1), y vió á esta Princesa so-

(1) En aquel tiempo todas las Reinas de Europa tenian oratorios en sus aposentos.

la, de rodillas, en disposicion que no podía ser vista de los de fuera. La Duquesa, profundamente movida, se detuvo, contemplando á la Reina con un sentimiento de envidia. Sin duda, se decía, por él implora al cielo: ¡qué feliz es! su virtud le dá el derecho de rogar con esperanza.... La Reina oye suspirar, se vuelve, y, mirando á la Duquesa inundada en lágrimas, exclama con espanto: ¡Dios mio! ¿sabeis algo de nuevo? No, Señora, respondió la Duquesa con una voz cortada; mas inquieta, del mismo modo que toda la Côte, por la tardanza del correo, me he atrevido á venir.... En la situacion que me hallo, contextó la Reina, solo veo con placer las personas que se interesan vívamente en los peligros á que el Rey se expone.... Pronunció S. M. estas palabras con todo el encanto que la dulzura, la indulgencia y la bondad, pueden dar á la virtud. Madama de la Valliere, en este momento, habria sido capaz de sacrificarle su amor: seducida por un movimiento tan tierno como irreflexivo, se puso de rodillas, y, tomando una de sus manos á la Reina, la puso sobre su corazón, apretándola fuertemente: la Reina, enternecida, la levantó y abrazó. La Duquesa, deshecha en lágrimas

solo decía: ¡ah, Señora, disponed de mi triste existencia! Ella, sin duda, pensaba en proseguir una virtuosa vida, y formar en aquel instante su propósito, cuando la Reina oyó ruido en su cámara.... En la sociedad se hallan tantas conveniencias y caprichos, opuestos á la bondad comunmente, que la Reina hubiera experimentado una mortal turbacion, si la hubiesen sorprendido con madama de la Valliere, y ambas enternecidas: así, pues, se dió prisa á dejarla; y la Duquesa, no atreviéndose á seguirla, quedó sola en el oratorio. Ella miraba con una suerte de espanto este asilo secreto de la piedad, y el lugar que la Reina acababa de ocupar: aquel cojin de terciopelo, todavia hendido, sobre el cual, al pie de un Crucifijo, ésta virtuosa Princesa acababa de rogar con tanto fervor por un esposo infiel!.... Sin embargo, el embarazo de la Duquesa creció extremadamente, notando, que la cámara de la Reina se llenaba sucesivamente de todas las Señoras de la corte; se arrepentia de no haberla seguido; porque no podía salir del oratorio, sin causar un espanto prodigioso: á mas de esto, habia comprendido, por qué la Reina se habia separado de ella tan bruscamente: ella se abochorna de

su bondad para conmigo, se decía la Duquesa: ¡ay de mí yo soy, en efecto, tan culpable, que, hasta la indulgencia que se me concede, debe ser misteriosa, temiendo perder la dignidad, y ser acusada de débil por mostrarla!...

Al paso que hacía estas dolorosas reflexiones, oía un gran movimiento en la cámara de la Reina, y que se anunciaba un correo del ejército: entonces, su delicado manejo, el temor de promover una escena, todo se echó en olvido: fuera de sí misma se arrojó á la cámara en el momento que la Reina, despues de haber leído rápidamente un billete, exclamó: La Flándes está conquistada; todo acabado; el Rey vuelve cubierto de gloria.... A estas palabras, todas las Señoras manifiestan su júbilo por gestos, exclamaciones y aun lágrimas: la Reina, trasportada, abraza á todas, exceptuando una solamentel.... Recorre el círculo, pasa delante de la Duquesa con un aire severo, y aun sin honrarla con una mirada! El Rey volvía; habia cesado su inquietud, y ya no veía en la Duquesa sino una rival.... Ella le habia permitido participar de su dolor; pero el gozo de una rival, solo es una ofensa: es fácil dolerse con ella; mas no regocijarse. Todos pusieron los ojos

en la Duquesa, sin poder combinar, cómo se hallaba allí impensadamente, y salía del oratorio de la Reina, donde solamente tenían derecho para entrar las favoritas. La manera en que la Reina la trataba, hacia mas extraño aquel accidente: la miraban con una malévola curiosidad, que en cualquiera otra ocasion la habría atormentado cruelísimamente; pero un solo pensamiento la ocupaba: ella se repetía *¡el Rey viene victorioso!* Esta idea la ponía fuera de los alcances del ódio, y la hacía superior á la malignidad de la envidia, de los ultrages, y, en fin, de todo. ¡Qué no se arrostra, cuando se pasa súbitamente de un opresivo dolor al colmo de la felicidad: cuando el corazon y el amor propio se satisfacen á un mismo tiempo; y cuando todos los votos mas ardientes que se han formado, repentinamente se ven cumplidos! Madama de la Valliere estaba inquietísima por volver á su casa, cierta de hallar allí carta del Rey; por lo que, pasados pocos minutos, corrió al palacio de Birón: para ir á él, era necesario atravesar todos los pátios del castillo, y una parte de la fachada principal. El pueblo, instruido ya de las felices nuevas, se entregaba á todos los transportes de un inmoderado júbilo;

en todos los patios resonaban repetidos gritos de: ¡*Viva el Rey!* estos penetraban hasta el fondo del corazón de la Duquesa. ¡Oh, cuán justo le parecía, y qué fundado, este entusiasmo general! ¡Cuán amable era, á sus ojos, este pueblo impetuoso en todos sus sentimientos! ¡Con qué delicia se embriagaba el amor, con la gloria de un objeto adorado!

Al volver á su casa, halló en efecto la Duquesa un billete de Luis, en que le decía: mandaba á la Reina que fuese hasta Amiens, donde se hallaba; invitándola para que hiciese el mismo viaje. El billete era corto; pero todo causa contento cuando uno es feliz, y la Duquesa estaba perfectamente satisfecha de él. Mandó luego llamar á madama de Montespan, quien dilató en venir, y no hizo larga su visita: estaba con extremo agitada y preocupada, y dió por razón, la contrariedad que experimentaba, según decía, de tener que seguir á la Reina hasta Amiens. El día siguiente, á la madrugada, debían partir. Madama de la Valliere no se ocupó mas, que de los preparativos del viaje; y aunque ella no era de la comitiva de la Reina, partió la mañana siguiente, al mismo tiempo que esta Princesa. Por respeto, y por de-

coro, ella no se habia atrevido á adelantar, y su coche iba confundido con los de la comitiva. Este viaje fué un encanto para madama de la Valliere: se representaba la entrevista que iba á tener con el Rey, como el momento mas agradable y mas bello de su vida: ella le volvia á ver, desembarazado de la preocupacion de la guerra, apasionado, feliz, todo para ella; últimamente, gozando por ella de sus sucesos y su gloria: cada uno de sus pensamientos le causaba una emocion y unos latidos del corazón, que jamás habia experimentado. ¡Cuán pródiga fué con todos los mendigos que encontró durante el camino! Todos ellos gritaban: ¡*Viva el Rey!* ¡*Viva nuestro bien, nuestro gran Rey!* ¡Cuán ternura excitaban en su alma estos gritos de la miseria! Los oía, y les daba con reconocimiento. A pesar de sus males, ellos bendecian á su Soberano. La Duquesa, vertiendo dulces lágrimas, les decía: amigos míos, amadle siempre y rogad por él: él vela sobre vosotros, sufre vuestras penas, y hallará modo de remediarlas. Hablando de esta manera, les distribuía el oro pródigamente. Se unía en esta vez á la viva ternura que tenía la Duquesa por el Rey, una exaltacion de imaginativa,

que bastaba para formar lo que se llama comunmente una pasion violenta. Esta embriaguez se entretuvo, durante el camino, por las aclamaciones del pueblo que encontraba. ¡Qué harmonía mas encantadora, que la que forma la reunion de tantas voces, celebrando con brillantéz un objeto que se ama apasionadamente! ¡Qué filantropía se encuentra! ¡Qué buenos, qué sensibles nos parecen todos aquellos que experimentan tal delirio! ¡Qué admiracion causa, en semejante caso, que haya quien piense tan negramente de la especie humana! ¡Cómo embriaga el poder decir: *El objeto de todos esos homenages, ese héroe, ese Soberano adorado, á mí sola me ama! Yo solamente puedo unir su felicidad á tanta grandeza y tanta gloria! Sus pueblos bendiciéndole, la Europa entera admirándole, solo formarán su fama; pero él no puede ser feliz sino por mí!* Estas ideas y esta embriaguez destruyeron, durante el viage, los sentimientos, el arrepentimiento y los remordimientos que hasta entonces habian mezclado tanta amargura á este amor tan tierno y tan constante. Despues de tantos alarmas, un gusto tan repentino ocupaba enteramente el alma de la Duquesa! Ella desterraba de sí los dolorosos re-

cuerdos, y todo otro sentimiento; se creía justificada por la gloria de su amante; gozaba no solamente de la que acababa de adquirir, sino tambien de todo lo grande que él debia hacer en adelante; su corazon le daba anticipadamente el título glorioso que recibió (1); el amor, sobre un solo punto, le descubria lo por venir. ¡Puede dejarse de preveer lo que honra su objeto? Ah! solo á él toca predecir los sucesos y triunfos!

Ya se acercaban á Amiens, estando solo á distancia de tres leguas, cuando, en la altura de una montaña, descubrió la Duquesa una partida del Ejército.... A vista de ella, la prudencia y la razon la abandonaron, y olvidó todas las consideraciones humanas; ella no estaba ya capáz sino de hacer un solo cálculo, y es, que dejando el camino real, y tomando uno menos frecuentado, verá al Rey algunos minutos antes que los demás (2). Al momento ordena á sus cocheros que lo ejecuten; en vano le representan que es quasi impracticable: es

(1) A la vuelta de la conquista de Flándes, recibió Luis XIV el título de: Luis el Grande. — *El Traductor.*

(2) Memorias de Montpensier.